

# El mar de Galilea



Carmen Naranjo

dean crecen flores y huertas, siempre movidas por la brisa, reverentes a la hermosura del paisaje y a algo más profundo, que va adquiriendo mayor validez con el tiempo: las palabras de Jesús.

Galilea y su mar tienen mucho relato de historia antigua, desde el cráneo que se encontró de un hombre del periodo paleolítico (100.000 años antes de Jesucristo), el avance lento del desarrollo del hombre y la sociedad, las cuevas y las primitivas aldeas, los ídolos y los dioses, hasta las luchas recientes entre árabes y judíos por el dominio de estas tierras y de estas aguas.

Pero de toda esa prehistoria y de toda esa historia, Jesús el predicador, Jesús el Hijo de Dios, Jesús pescador de almas, es el presente absoluto del contorno.

Aquí, alrededor del Mar de Galilea, predicó y enseñó la mejor actitud humana: la del amor al prójimo.

En Nazareth, ciudad del valle de Galilea en que el ángel Gabriel anunció a la Virgen María el nacimiento de Jesús, con el "Bendita tú entre las mujeres", vivió y trabajó en el oficio de carpintería con San José, pero no predicó porque Él mismo lo dijo: "Nadie es profeta en su propia tierra". Nazareth es hoy una pintoresca población que rodea reverente a la hermosa iglesia de la Anunciación.

En el monte Tabor fue donde

Jesús se transfiguró delante de los apóstoles Pedro, Santiago y Juan, "resplandecía su rostro como el sol, y sus vestidos se tornaron blancos como la luz" y habló Jesús con Moisés y Elías. Un templo lleno de misticismo, en el punto más alto del monte, nos eleva hacia la soberanía divina del Hijo de Dios.

En Caná, una aldea árabe que se centra en la iglesia que conmemora el hecho, hizo el primer milagro: convirtió el agua en vino, a solicitud de su madre, para que la boda a la que asistieron se celebrara con alegría.

En Betsaida, perdida ahora en las colinas que rodean el lago, lugar natal de los apóstoles Pedro, Andrés y Felipe Jesús los escogió como discípulos.

En Tabgha, es el sitio en que Jesús realizó el milagro de la multiplicación de los panes y de los peces, para alimentar a la multitud que lo seguía ansiosa de oír su prédica. Sólo quedan las ruinas de una iglesia convento y un mosaico, tan imaginativo y fértil como si lo hubiera diseñado Jerónimo Bosch.

En Cafarnaúm, guardián de las ruinas de una sinagoga y de la casa circular de San Pedro, predicó, hizo milagros y dejó pruebas de su misión mesiánica.

En el Monte de las Beatitudes está por siempre presente el Sermón de la Montaña, que es la expresión más alta y esencial del cristianismo: "Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados

los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois vosotros cuando os vituperaren, y os persiguieren y dijeren de vosotros toda suerte de mal, por mi causa, mintiendo..."

En el lago mismo de Galilea Jesús anduvo sobre las aguas, acalló la tormenta, llenó de peces las redes, enseñó la fuerza de la fe. Aquí volvió, después de su resurrección, y se apareció a siete de sus discípulos, para encomendar a Pedro: "Apacienta mis ovejas".

Este Jesús de Galilea, radiante como la belleza del valle y del lago, profundo como el eterno camino del viento, humilde como los lirios y las flores que crecen silvestres en las colinas, humano como la densidad sabia de cada una de sus palabras, divino como la realidad trascendente de su misión salvadora, es lo que más conmueve en esta región.

Con verdadera sabiduría lo dice la saeta española: "No puedo cantar, ni quiero, a ese Jesús del madero, sino, al que anduvo en la mar".

Con o menos agudeza lo canta Joan Baez acompañada de su guitarra: "Take a look at yourself and look at others differently by putting your hand in the hand of the Man from Galilee".

Y aquí mirando y oyendo, pensando y orando, surge de nuevo la visión del lirio y del pájaro: "Mirad las aves del cielo, cómo ellas no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta: ¿no valéis vosotros mucho más que ellas? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan, ni hilan; mas yo os digo que ni aun Salomón en toda su gloria fue vestido como uno de ellos. Y si Dios viste así a la hierba del campo, que hoy es y mañana es echada en el horno, ¿cuanto más a vosotros, hombres de poca fe?...". "Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia; y todas esas cosas os serán dadas por añadidura. Por lo tanto no os afanáis por el día de mañana; que el día de mañana se afanará por las cosas de sí mismo. Le basta al día el mal suyo".

Es como si el encuentro con la paz íntima, nos entregara el secreto de las aves y de los lirios, que viven en el mundo de Dios, son obra y gracia de su voluntad, en el destino de ser aves y lirios, y no hubiera nunca más alternativa que la de ser bueno o de ser malo, de ser sabio o de ser tonto, de ser valiente o de ser cobarde, de ser creyente o de olvidar la palabra de Dios.

En Galilea se recorre el evangelio paso a paso. Lo importante es vivirlo siempre, más que en el marco histórico en que se dio, en el corazón del hombre pacífico que se entrega a la tarea de crecer en el amor de los demás.